



EDITORIAL

## Banderillas negras

LA BRAVURA SE MIDE DE LEJOS. Se observa en el toro que embiste de largo al primer capote que ve en su vida y también en la manera en que se arranca desde los medios hacia el caballo que lo espera en el tercio contrario a su querencia. Se le ve en el celo con el que remata en los burladeros y en la manera con la que se va terciando, trazando una media luna en banderillas, y también cuando se embarca receloso —un pase sí y otro también— en cada tanda de muleta, por ambos lados, por abajo y, también, cuando remata arriba.

Quizá la bravura también se mida por ausencia, o en la medida en que los animales que salen al ruedo van sumando señales de mansedumbre: propensos a barbear las tablas, refugiarse en la querencia —sobre todo frente a la puerta de toriles—, cuando rascan la arena no como indicador de una embestida (como lo creían las antiguas caricaturas), sino como metáfora de quien se raja, y también cuando les da por voltear, contrarios a la salida de cada lance, o negándose a encarar banderilleros y abiertamente anclándose con el hocico abierto y los bellos babeantes en esa nefanda visión del toro parado, al que hay que encelar con

los bordados de la taleguilla, intentarle el unipase (incluso sin espada) y simular que hay algo de estética en eso tan opuesto al milagro de que una embestida horizontal y casi ferroviaria se cruce en abierto birlibirloque con una tangente, hierática y vertical, que se valga de la gracia o del pellizco o de la razón o la sinrazón para intentar el trinomio invisible de citar—templar—mandar, todo ello en redondo.

Así más o menos se dirime el universo de la tauromaquia que se asombra ante las plazas, donde se realiza el tercio de veras, no sólo con expectación, sino con respeto a la geometría donde se mide la bravura, y allí donde el tercio de banderillas alterna los lados en cada par para precisamente evaluar y aliviar el envión o la adrenalina de la bravura. De lo contrario, banderillas negras... como castigo y también de luto por los toreros muertos en el ruedo, por la vergüenza torera con la que todo torero debe intentar lidiar todo toro como quien enfrenta un galimatías diferente en cada partitura y por la desvergüenza de los caballeros con puya que abusan de su montura tapando la salida natural de la res, aplicando la carioaca que barrena, haciendo sangrar el lomo

tan lejos del morrillo o del hoyo de las agujas. Banderillas negras a la espera de la epifanía de los colores que a menudo ondean en algunas plazas, mas no en todas, mirando de lejos la bravura de los animales cuyo trapío no debe confundirse con obesidad y a los aficionados de cepa que defienden con argumentos las descabelladas diatribas de los contrarios a lo taurino.

De cerca y en corto se manifiesta la nobleza, la entrega de la embestida franca que no es del toro probón o del marrajo que calamochea; en corto y de cerca se carga la suerte y se embarca sin adelantarla, prolongando el trazo y quebrando cintura al tiempo que muñeca. De muy cerca se torea de verdad, aunque el aforismo se cumple de lejos, de la bravura que viene de largo; ya en el tiempo sin colores, cuando la sola presencia de un torero incluso vestido de civil era capaz de parar el tráfico en la Gran Vía de Madrid o alfombrar de tabaco y oro el paseo de la Reforma de la Ciudad de México o ya en la distancia que atravesamos para llegar a Nimes, San Miguel en Sevilla u otro otoño en Madrid a la espera de lo inverosímil, incluso increíble o inverificable, y el deseo de que no haya más motivo para banderillas negras.

### ESENCIA DE TORERO

Luis Francisco Esplá

ME CRIÉ EN UNA PLACITA DE TOROS, mi casa, una coctelera donde el cine de verano iluminaba mis noches, la escuela taurina entretenía mis mañanas y Manolete me habitaba el resto del día. Era normal, no había conversación en la cual la sombra del torero no se deslizase, de una u otra forma. Y mi insaciable curiosidad, alimentada con retales furtivamente sustraídos al palique de los taurinos (entonces a los niños se nos mantenía muy alejados del cosmos adulto), me llevó a esta patología obsesiva.

Creo que fue en torno a los ocho años cuando le pregunté a mi padre si aquel personaje existía realmente o si pertenecía al limbo de las fantasías, como los Reyes Magos o el tío del saco. Mi padre descolgó de la pared de su despacho una foto del Califa, y me dijo: “Éste es el mejor que ha habido, con la graciosa anuencia de Pepín Martín Vázquez. Y un toro, *Islero*, lo mató en Linares”. Con esta concisa revelación me encontré, de pronto, ante su cadáver: fresco dieciocho años después.

Anticipo este plano de ubicación afectiva para tejer sobre él la reflexión de cuanto significó, y significa, la figura de Manuel Rodríguez más allá del limitado ámbito de los cosos donde actuó. Como Presley o Sinatra más allá del rock o el swing.

En los ruedos, escrito está: barrió con la estética de una tauromaquia decimonónica que resollaba ya su agotamiento, básicamente por falta de calado en los artistas. El público necesitaba una profunda renovación. Y el revulsivo no podía ser otro: sobre la verticalidad de su cintura no sólo obligó a girar al animal, sino muchos conceptos del toreo, e incluso de la propia sociedad, en la que cuajó vertiginosamente su iconografía, que la posguerra venía abonando.

El fin de la contienda propició —entre otras urgencias— la proliferación de elementos que mitigasen la memoria de tantos horrores y violencias. Los toros constituían uno de los opiáceos más efectivos para las dolencias del pueblo, pero el de Córdoba fue más allá: su tauromaquia supuso una beatífica catarsis para tanto desgarró humano y material. Fuera, no era menos: la gente quería identificarse con cuanto rodeaba al mito, pues el glamour alfombró siempre el garbo de sus elegantes pasos. Comenzaron a hacerse famosos y envidiados sus escarceos, más tarde devenidos en querencias noctámbulas.

El asceta, cuando quebranta su vida de sacrificio, no lo hace para entregarse a misérrimos pecados veniales; la tentación puede ser saciada, únicamente, abrevando en un pecado

tan desproporcionado como la virtud abandonada. El torero, entregado a las renunciaciones de su profesión, necesita del equilibrio que le reporta la trasgresión, y ésta ha de ser equiparable en inmoralidad a la austeridad mantenida en el desempeño de su arte. Es como ir de una cumbre a otra, y en esos ascensos y descensos bipolares se recluta la energía que da cauce a la creación y a la decisión consciente de poner su vida en juego.

Manolete no fue menos. El campo estaba muy bien; la vida de sacrificio y orden satisfacía a la afición y, de paso, daba una imagen admirable de responsabilidad y vocación. Pero él —sin desdeñar el campo— saltó a la ciudad, a los peligros de la noche, los alcoholes y las madrugadas flamencas con Lola, Caracol, el Príncipe Gitano o Aurelio. Prestigió las veladas de Perico Chicote, rebosantes de mujeres de ensueño, y abandonadas a lujos que tan sólo podía sufragar la generosidad del estraperlo. Y dispuestas, si se trataba del *Monstruo*, a brindarle una noche de beneficencia.

Se abandonó, como en la más entregada de sus tardes, al sensual maleficio de su Antoñita (Lupe Sino, amate vampiresa, tan escandalosamente bella como crepuscular). Encarnó, tal vez sin pretenderlo, la aspiración nacional;

todo lo deseado por cualquier español prófugo de las miserias, los racionamientos y las limitaciones impuestas por el régimen.

Su vida y obra creó, como ocurre con los genios, escuela dentro y fuera del círculo en el cual desplegó la transparencia de su verdad. El toreo todo, aceptó los nuevos clichés impuestos por el Califa cordobés. La calle también. Hasta el punto de llamar “Manolete” al modelo de Ray-Ban que usaba; “manoletinas” a esas breves zapatillas de señorita; y “amanoletado” al corte de un terno, el aire de un novillero o un simple perfil que evocase el suyo.

¿Cómo era posible, sin haber visto jamás al torero, que conservase una fragancia tan vívida de éste, dieciocho años después de su muerte? Supe entonces, con su foto entre las manos a modo de revelación, que el carisma de ciertos artistas era parecido al rebufo que dejan determinados perfumes. Que había esencias, cuyos efluvios flotaban inmarcesibles en el éter de los tiempos. Y que mis sueños de torero estarían, desde ese instante, aromatizados por los divinos bálsamos de Manolete.

LUIS FRANCISCO ESPLÁ, matador de toros. Se retiró de los ruedos en Madrid el año 2009.

## El acoso

Juan Diego Madueño

LOS INSULTOS EN LAS PUERTAS de las plazas de toros; la financiación holandesa para erradicar las corridas en Europa; una prohibición; los jóvenes capaces de viajar de feria en feria saltando a los ruedos, abandonando a sus familias mientras acumulan detenciones y multas; todos los cubos de pintura roja vertidos sobre los cuerpos desnudos; las miradas de odio y el desprecio; las pancartas, esas maravillosas consignas, la tan exitosa “La cultura no es tortura” con un tempo pegadizo, casi bailable; el cosquilleo cuando alguien confiesa inesperadamente; el runrún de los medios de comunicación, ansiosos por saber dónde, cuál va a ser el último toro, el próximo torero muerto; la reducción del toreo al morbo, al acoso, ha convertido a esta época en la mejor para ser aficionado a los toros. Gracias a los antitaurinos la tauromaquia ya es contracultura, una persecución extraña donde el grupo más numeroso huye da un barniz rebelde al hecho de comprar una entrada: nunca había sido tan fácil ser revolucionario, hacer algo completamente rompedor.

Todo cambió en los primeros años de este siglo cuando una manifestación antitaurina en Sevilla alcanzó la puerta de La Maestranza, capaz de llegar a nuestra orilla más soleada. Por el paseo de Colón avanzaba la inexplicable marcha insultando a su paso, marcando el inicio de lo que venía. En el silencio de la plaza se escuchaba un megáfono que espantaba los vencejos. Los que estaban dentro, apretados en la loza del tendido, pasaron a ser punkies, formales, con hijos, trabajos y obligaciones, irutinas!, pero antisistemas. Empezaba a ser exótico pasear con una almohadilla, acudir a las tertulias, sorprender a otro aficionado en una conversación.

Una batucada retumbaba por Córdoba directa a la plaza de toros. Había caras conocidas, mascochas, y una sensación de fin de era, estremecido el bronce de los cinco califas, amenazada la feria de una semana. Más tarde, en Valencia una piedra dió en la frente de una mujer que entraba a la plaza, un lamparón sanguinolento le recorría la camisa. Pontevedra resiste sola en Galicia. La reapertura de la Santa María en Bogotá se convirtió en una batalla campal, asediados los aldeaños. El ayuntamiento de Madrid eliminó de su web

(CONTINÚA EN LA PÁGINA DOS)







# EL PÚBLICO

José Morente

VARIOPINTO Y MULTICOLOR es el público de los toros. Y, aunque cada espectador es un mundo, con sus propios matices y su peculiar modo de ver y sentir el espectáculo, al final resulta que cada plaza acaba por tener su personalidad propia y bien definida. Por eso no es lo mismo ver toros en cualquier plaza. Hay algunas, la mayoría, donde la fiesta se vive como Fiesta, ya sea al estilo de la ruidosa y torista Pamplona o al de la amable y torerista Malagueta. En otras, por el contrario, caso de Sevilla, la corrida se convierte en una especie de ceremonia religiosa y el torero se transfigura en sacerdote de un rito que se nos antoja ancestral. Finalmente, en algunas pocas como Madrid, el toro se vive como un examen y el público se transforma en riguroso y arisco tribunal de oposiciones.

Variopinto y multicolor es, pues, el público de los toros. Y, además, culto. Lo dijo Federico García Lorca en su conferencia neoyorquina ("Los toros son la fiesta más culta que hay en el mundo") y abundaba en ello, Antonio Lorca en *El País* al hilo de la publicación de una reciente encuesta ("Los aficionados a los toros [son] los españoles con más inquietud cultural"). Pero no hay luces sin sombras. Y el público -culto- de los toros ha tenido, al igual que muchos toreros, sus malas tardes. Tardes negras o negrísimas. Tardes de broncas.

Una de las broncas más épica y más sonadas tuvo lugar en Barcelona el día de San Jaime de 1835. Toreaban Manuel Romero y Rafael Pérez de Guzmán, aquel "caballero famoso" al que representó en la pantalla Alfredo Mayo. Los toros salieron no mansos, como suele ser lo normal la mayoría de las tardes, sino mansísimos. Tanto que los espectadores indignados se lanzaron en masa al ruedo durante la lidia del último astado, al que mataron a garrotazos. Luego destrozaron la plaza y, fuera de ella, siguieron los destrozos con la quema de los conventos de la ciudad. Lo reflejó el cantar popular: "Van a sortir sis toros/Tots sis van ser dolents/Y aixó va ser la causa/de cremar els convents".

También salieron malos los Santa Coloma en Bilbao, el 20 de agosto de 1924. Toros de media casta, de media arrancada, de deslucida lidia. De los que no aparentan el peligro que traen. Toreaban Maera, Lalanda y el Algabeño. Desde

el primero de la tarde la cosa fue de mal en peor y en el quinto, cuando Marcial volvía a la barrera después de mechar a su toro, los espectadores le tiraron de todo. Desde almohadillas a botellas y monedas de "perra chica". Ante el cariz que tomaba aquello, su peón *Rosalito* cogió un estoque y se encaró con el público. Allí fue Troya. Peón y matador tuvieron que subir al palco a dar explicaciones a la presidencia. Veinte minutos después se abrió la puerta de toriles, pero en lugar del sexto toro, salía *Rosalito* escoltado por dos guardias. A Marcial, bisoño, el presidente le convenció para que se arrodillara en el ruedo y pidiera perdón al respetable. Una almohadilla le dio en la cara. Se levantó demudado, pero siguió la corrida. Fue la bronca más enorme que se recuerda en Bilbao.

Para broncas absurdas, la denominada "bronca del 2" que tuvo lugar en Madrid el 31 de mayo de 1881 con motivo del centenario de Góngora. Se lidiaban tres toros de rejonas y seis toros colmenareños de Aleas para seis toreros (Lagartijo, Currito, Jose Machío, Cara-ancha, Paco Frascuelo, hermano de Salvador, y Fernando, el padre de los Gallos). Toreando Cara-ancha al cuarto toro, a un espectador, "cojo y mal encarado" según las reseñas, le dieron un sonoro bofetón. El cojo devolvió el golpe y, con su muleta, asestó a su agresor un tremendo trancazo. Y a partir de ahí, todos los espectadores de ese tendido, primero los más cercanos a la trifulca y luego los demás, se enzarzaron en una tremenda batalla campal. Hubo que despejar y acondicionar la zona. Nunca se supo ni porqué comenzó la gresca ni tampoco el motivo por el que el resto de la plaza participó en la algarada.

Frente a esos altercados "espontáneos", existen también las broncas "prefabricadas", como aquella de los "pitos p'al Guerra" que se vendían en la puerta de la plaza vieja de Madrid, la que estaba donde hoy está el Palacio de los Deportes, en día que toreaba el torero de Córdoba. Tanto le insistieron al Guerra, tanto le pitaron, que al final consiguieron que se fuera ("Yo no me voy, me echan", dijo al retirarse).

También echaron -o quisieron echar- a Jose-lito el Gallo, un día de San Isidro de 1920. Como contaba Belmonte en el insuperable libro de Chaves Nogales, el público de Madrid recibió

de años, supuestamente por el alto precio de las entradas. En realidad, como decía Juan porque a ninguno de los dos los mataba un toro. Como los murubes, blandos de pezuña, se cayeron, vino la consabida bronca contra las dos figuras y, sobre todo, contra José, que era el verdadero mandón del toreo entonces y quien hacía y deshacía en el toreo ("¡Lo que tú digas estará bien, José!", le decía siempre Juan en todas las tesituras). Y Joselito, quizás por aliviarse del encrespado público madrileño, se marchó al día siguiente a Talavera de la Reina, a encontrarse con su trágico destino.

A Curro Guillén, el diestro de Utrera, cabal representante de la Escuela sevillana, también le ponían las cosas muy difíciles en Ronda, sede de la Escuela contraria, cada vez que tenía que torear en esa plaza. Tan cuesta arriba que, otra tarde primaveral, pero de 1830, un grupo de aficionados de esa ciudad, defensores del concepto rondeño del toreo, le instaron a matar recibiendo a un toro de Cabrera -abuelo de los actuales miuras- que quizás no se prestaba a esa difícil suerte. Curro, con la guapeza de los inconscientes, aceptó el reto, citó a recibir y el toro se lo llevó mortalmente enganchado en un pitón mientras del otro se colgaba su discípulo y miembro de su cuadrilla Juan León, en vano e inútil intento de un quite heroico.

De igual modo, Manolete, otro dios del toreo, pasó un quinario durante su última temporada. También a él le reprochaban los públicos el alto precio de las entradas. En realidad, le reprochaban todo. También, en su caso, una campaña de prensa de oscuros intereses azuzaba el fuego. Al final, lo mató un toro de Miura en una plaza de pueblo, como si en lugar de un torero rico y reconocido, se tratase de un chavalillo que estuviese empezando su carrera y necesitase torear lo que fuese y donde fuese para llegar a ser lo que ya era.

Menos conocida es la protesta sistemática a la que sometieron algunos aficionados sevillanos al primero de los Califas, Rafael Molina, *Lagartijo el Grande*. Un grupo, denominado "los campanilleros" y comandado por un tal Braulio Navas, se dedicaba a hacer sonar cencerros, campanas y campanillas, cada vez que actuaba Lagartijo en Sevilla y en las plazas cercanas. Hasta tal punto llegó la enemiga contra el Califa que, según

cuentan, una tarde ese diestro se quiso subir al tendido dispuesto a hacer entrar en razón a sus detractores, ya fuera por las buenas... o por las malas. Sea o no cierta la anécdota, el cordobés tuvo que dejar de torear en Sevilla. Luego, los campanilleros se disolvieron el día que un toro cogió a Mazzantini por causa de sus protestas.

Eran broncas preparadas y prefabricadas, muy al estilo de las que, todavía en nuestros días, organizan los abonados del tendido 7 de las Ventas las tardes que torear las figuras. Claro que, si bien se piensa, resulta muy curiosa, y entra de lleno en la psicopatología de las multitudes, esa inquina sistemática que ciertos aficionados han profesado siempre contra las grandes figuras del toreo. Contra los toreros mandones. Los casos de Lagartijo, Guerrita, Manolete o Joselito el Gallo, y hoy el del Juli, son sintomáticos.

Corrochano lo explicaba muy bien en su magnífico libro *¿Qué es torear? Introducción a la Tauromaquia de Joselito*. Decía don Gregorio que era un caso digno de estudio, ese de las multitudes taurinas "que en lugar de sentirse amparadas y garantizadas por el torero más seguro de sí mismo, que por su conocimiento de los toros puede tranquilizar la inquietud del peligro, desconfía frecuentemente de ese torero, recela, teme que le engañe, sin saber en qué consiste el engaño".

Y pontificaba sobre Joselito, y la tesis es extensible a los otros diestros citados: "La amargura de Gallito en el en el ruedo habrá que considerarla como una de las más agudas que puede sufrir un hombre en su profesión. Explicar y practicar la tauromaquia encerrado en el recinto de un público incapaz, exigente por desconfiado, es una angustia insospechada para el que no la padeció y menos para el que la causa. Saber lo que se hace delante de una multitud que no sabe lo que ve sólo puede soportarse con alma mística o con un insobornable concepto profesional".

Los públicos admiran a los toreros que están en el filo de la navaja, ya sea la navaja de los valientes (sorteando constantemente entre la puerta grande o la de la enfermería) o la navaja de los artistas (siempre en la tesitura que va de la gloria del éxito al ridículo del fracaso), pero se muestran desconfiados, recelosos y reticentes ante los mejores toreros, ante los toreros

## Llamada general

¿PARA QUÉ SIRVE MINOTAURO, un periódico de papel que habla de toros y que se publica tres veces al año? ¿Tiene sentido en un país donde los que atacan los toros dicen barbaridades y los que los defienden... muchas veces, también?

Los impulsores de *Minotauro* hemos desplegado este periódico para crear un escenario en el podamos exponer nuestras ideas y defender nuestras pasiones; un espacio culto y contemporáneo en el que hablar de toros y toreros con la vista puesta en nuestra sociedad; un campo de batalla en el que descubrir el sentido de la tauromaquia en estos tiempos en los que el riesgo, el miedo, el arte y las emociones... viven bajo sospecha.

*Minotauro* es un gran punto de encuentro para exponer nuestras tesis con orgullo y con lealtad; para amar sin complejos un mundo que se ha quedado suspendido en el tiempo; para defender que los toros son una gracia de nuestra cultura y defenderlos sin tapujos y sin agresividad. Como algo que forma parte de la cultura de cientos de millones de mexicanos, peruanos, colombianos, ecuatorianos, venezolanos, franceses... o españoles. Como algo que despierta la admiración de grandes y civilizados creadores. Como algo profundamente nuestro.

Si te sientes parte de este proyecto,

## NUESTRA FOTÓGRAFA

ANYA BARTELS-SUERMONDT nació en Düsseldorf, Alemania, y vive en España desde 1995. Editora de televisión y reportera, enamorada de la cultura española, sigue con pasión a los flamencos y a los toreros. El resultado es un trabajo extenso y profundo, del que han surgido varios libros y numerosas exposiciones internacionales.

*Minotauro* nace para defender los valores e impulsar el desarrollo de la tauromaquia en la sociedad actual. El periódico *Minotauro* y la Peña Antofetete son nuestras armas para promover el debate y defender la vigencia de la Fiesta.

Club Matador auspicia las actividades de *Minotauro*. CLUB MATADOR



MINOTAURO  
Periódico de Toros y Toreros  
Número Dos. Otoño  
Septiembre - diciembre, 2017

Periódico cuatrimestral

FECHAS DE PUBLICACIÓN:  
Enero, mayo y septiembre

EDITA  
Asociación Cultural Minotauro

EDITOR  
Alberto Anaut

DIRECTOR  
Jorge F. Hernández

DIRECTOR DE ARTE  
Fernando Gutiérrez

AYUDANTE DE DISEÑO  
Sam Brogan

DISEÑO  
Studio Fernando Gutiérrez

EDICIÓN Y CIERRE  
Miriam Querol

PRODUCCIÓN  
Rufo Díaz

DISTRIBUCIÓN  
César Martínez-Useros

FOTOGRAFÍA  
Anyá Bartels-Suermondt

ESPADAS  
Diego Carrasco, Philippe Courtet,  
Georges Didi-Huberman,  
Luis Francisco Esplá, Jorge F. Hernández,  
Antonio Lucas, William Lyon,  
Antonio Lucio, Juan Diego Madueño,  
José Morente, Luis Pérez-Oramas

*Minotauro* está impreso en papel  
Olin Regular High White 120 gramos.  
Para la impresión se han empleado  
tres tintas.

IMPRIME  
CIRSA

DEPÓSITO LEGAL  
XXXXXXXXXXXXXXX

El periódico *Minotauro* defiende la libertad  
de opinión de sus colaboradores, que son los  
responsables de sus opiniones.

Todos los derechos de los textos y fotografías  
corresponden a sus autores.

MINOTAURO. Jorge Juan, 5. 28001 Madrid. España  
+34 91 060 89 56 info@minotaurodigital.es  
minotaurodigital.es

SUSCRIPCIONES  
*Minotauro* se vende por suscripción y se distribuye en una selección de librerías  
internacionales. Suscripción anual (tres números): 25 euros (envío incluido).  
suscripciones@minotaurodigital.es

*Minotauro* nace para defender los valores e impulsar el desarrollo de la tauromaquia  
en la sociedad actual. El periódico *Minotauro* y la Peña Antofetete son nuestras armas  
para promover el debate y defender la vigencia de la Fiesta.

Club Matador auspicia las actividades de *Minotauro*. CLUB MATADOR